

mas circunspeccion en recibiros, que en todas las demás acciones de la vida. Distinguir vuestro cuerpo, Señor, es respetar los templos en que se os adora, los ministros que os sirven, y á nuestros cuerpos que os reciben. Examine cada uno si acerca de esto oye el testimonio de su conciencia, y es la segunda disposicion; una fe prudente que nos haga examinarnos: pruébese el hombre: *Probet autem se ipsum homo.*

Segunda reflexion. Bien sé que nuestro corazon huye de nosotros mismos, que el espíritu del hombre no siempre conoce lo que pasa en el hombre; que las pasiones nos engañan, los ejemplos nos aseguran y las preocupaciones nos arrastran; que nuestras inclinaciones casi siempre deciden en favor de nuestro corazon, que el probarse á sí mismo es las mas veces confirmarse en los mismos errores. Este es el hombre, ¡oh Dios mio! entregado á solas las luces de su razon, continuamente se muda y se desfigura aun á sí mismo, á vos os conoce muy imperfectamente, y apenas se conoce á sí; no ve con claridad ninguna de cuantas cosas le rodean, tiene por luz á las tinieblas, va de desórden en desórden, cuando vuelve en sí no sale de sus errores; solamente las luces de vuestra fe pueden enderezar sus juicios, abrir los ojos de su alma, servir de guia á su corazon, enseñarle á que se conozca, aclarar los misterios del amor propio, descubrir los artificios de sus pasiones y hacer un hombre espiritual que juzgue de todo rectamente. Las reglas de la fe son, católicos, con las que nos hemos de examinar; las doctrinas humanas, las relajaciones introducidas por la costumbre, los ejemplos de la multitud, nuestras propias luces son unas guías falaces, y si en alguna ocasion conviene no engañarse, en ninguna tanto como en esta, en que el sacrilegio es la pena del engaño.

¿Pero acerca de qué hemos de examinarnos? ¿acerca de qué? Acerca de la santidad de este Sacramento y nuestra corrupcion. El es la carne de Jesucristo, el pan de los ángeles, el cordero sin mancha, que no quiere que estén al rededor de su altar sino los que no han manchado sus vestidos, ó que los han lavado con la sangre de la penitencia. ¿Y quién eres tú, alma temeraria á quien yo veo llegar con tanta seguridad? ¿llegas con todo tu pudor, con toda tu inocencia? ¿has poseido siempre el vaso de tu corazon con honor y santidad? ¿no has manchado tu cuerpo con el cieno de mil pasiones? ¿tu alma en la presencia de Dios no está como aquel tizon negro de quien habla el profeta, á quien las impuras llamas de tus primeros años tizaron y consumieron, sin que haya quedado mas que una horrible reliquia de su violencia? ¿no estás todo cubierto de llagas vergonzosas? ¿hay en todo tu cuerpo parte alguna que no esté señalada con algun delito? ¿en dónde colocas, pues, la carne del cordero? ¿descansará acaso sobre tu lengua? ¡Pero esta carne pura ha de descansar sobre un sepulcro que siempre ha exhalado infeccion y hediondez; esta carne inmolada con tanta dulzura ha de descansar sobre el instrumento de tus venganzas y de tu amargura; esta carne crucificada sobre el asiento de tus sensualidades y embriagueces! Bajará á tu corazon; ¿pero hallará allí, acaso, en donde reclinar su cabeza? ¿No has convertido este santo templo en una caverna de foragidos? ¿Quieres colocarla entre tantos deseos impuros, tantas amistades profanas, tantos proyectos de ambicion, tantos movimientos de ira, de envidia y de soberbia? ¿la has dispuesto su mansion en medio de todos estos mónstruos? ¡Ah! esto es entregarla á sus enemigos y ponerla en las manos de sus verdugos.

Ya estamos examinados, me respondereis acaso; ya nos
TOM. I.—P. 27.

hemos confesado antes de llegar á recibirla. ¡Ah católicos! ¿Y vais á recibir á Jesucristo con la misma boca de donde habeis vomitado vuestras iniquidades? ¿y os atreveis á llegar al altar á participar de los misterios santos, con un corazon en que aun humean mil pasiones mal apagadas y que volverán á encenderse el dia despues? ¿y vais á comer el pan de los escogidos, con la imaginacion aún manchada con las frescas ideas de los excesos que acabais de referir al confesor? ¿Es posible que al levantaros del confesonario habeis de usar de la comunion como de penitencia? ¿vais sin intermision desde el pecado al altar? ¿en vez de derramar lágrimas entre los penitentes quereis ir á consolaros con los justos? ¿en vez de sustentaros con el pan de la tribulacion, correis apresurados al festin delicioso? ¿en vez de estar como el publicano á la puerta del templo, os acercais temerariamente al Santo de los santos? Antiguamente no llegaba un penitente á la mesa del Señor sino despues de muchos años de humillacion, de ayunos, de oracion, de austeridad, y despues de haberse purificado con las lágrimas, con el dolor y con los ejercicios públicos de una trabajosa disciplina: se formaban nuevos hombres, no les quedaba de la antigua vida mas que un sincero pesar, no veian, finalmente, señales de las pasadas culpas sino en la penitencia y maceraciones con que las habian expiado: la Eucaristía era entonces el pan celestial del que no comia el hombre pecador sino á costa del sudor de su rostro; y hoy creemos que el haber confesado las culpas es haberlas ya castigado, que una absolucion que supone un corazon contrito y humillado, le forma ella misma, y que toda la pureza que pide la carne de Jesucristo en el que la recibe, consiste en que haya descubierto la podredumbre é infec-

cion de sus llagas; comuniones indignas, católicos. Comeis y bebeis vuestro juicio; por mas que os aseguren, sabed que el hombre no puede justificaros cuando Dios os condena.

Por otra parte, la Eucaristía es un ázimo puro, y es necesario hallarse sin fermento alguno para comerle. Decidme, pues, ¿aquellas personas del mundo que por razon de una solemnidad se determinan á llegar á la Eucaristía, han dejado ya el antiguo fermento cuando llegan al altar? ¿no llevan aún viva la raíz de todas sus pasiones? Inferidlo por las consecuencias. Al salir de la sagrada mesa se hallan con las mismas disposiciones, sus rencores no se han extinguido, el imperio de su voluntad no se ha debilitado, el deseo de los placeres no se ha minorado en ellos, la inclinacion al mundo no es menos rápida que antes, la concupiscencia nada ha perdido de sus antiguos derechos, no se ve que usen de mas precauciones que antes contra los peligros ciertos: vuelven á entablar sus conexiones, á revivir sus pasiones; todo vuelve á estar como antes, y solo tienen de mas que en su primer estado, el haber profanado este terrible misterio; ¿y de qué proviene esto? De que el confesarse simplemente no es haberse examinado.

Además, es la vianda de los fuertes. Una alma flaca, vacilante, poco segura, que se mueve á todos vientos, que cede al primer obstáculo, que se rompe contra el primer escollo, que cada instante huye de la gracia, que tiene larga experiencia de su fragilidad, que no lleva al altar mas de unas promesas mil veces violadas y una devocion á la que sofoca el primer deleite, que desde sus primeros años vive en el comercio de sus flaquezas y de las cosas santas, y ha visto siempre suceder las culpas al arrepentimiento y los sacramentos á las recaidas; una alma de este carácter ¿es por ventura una alma fuerte? ¿no debe probarse,

creer, fortalecerse y ejercitarse en la caridad? ¿cuando apenas puede digerir leche, podrá sin imprudencia cargarse de una vianda sólida que solo puede servir de mantenimiento al hombre perfecto?

Mandábase en la ley antigua que si la víctima que se acababa de sacrificar¹ se ponía en un vaso de tierra, éste se rompiese inmediatamente; pero que si el vaso era de metal se lavase y limpiase. Parece que estas circunstancias, señaladas con tanto cuidado, no serian dignas del Espíritu divino, si no encerraran instrucciones y misterios. Una alma frágil que recibe la verdadera víctima, es semejante al vaso de tierra que se rompe y no puede resistir á la violencia de este sagrado fuego. Pero el alma fuerte como el bronce, se purifica en él y deja en él las mas leves manchas, quedando mas pura y mas brillante. ¿Qué es lo que sucede, segun dice Jesucristo, cuando se echa vino nuevo en una vasija vieja y gastada? Piérdese el vino y se sale. ¿Qué quiere decir esta parábola? Echais el vino místico, este vino que engendra vírgenes, cuya fuerza embriaga santamente á las almas castas, le echais en un corazon gastado y debilitado con las antiguas pasiones. Pues no me admiro de que no pueda sufrir su fuerza, de que no pueda mantenerse en él la sangre de Jesucristo, ni de que en la primera ocasion que se ofrezca la derrameis y piseis. Era menester acostumar vuestro corazon poco á poco, prepararle con el retiro, con la oracion, con el huir las ocasiones, con las continuas victorias contra vosotros mismos, y con estas largas y prudentes pruebas fortalecerle y ponerle en estado de recibir á Jesucristo.

Llega el tiempo de la Pascua de los cristianos. Pues

¹ Levit. 6. v. 28.

sabed que Jesucristo no celebra su Pascua sino con sus discípulos: *Cum discipulis meis facio Pascha.*¹ ¿Y en qué os parece que consiste el ser su discípulo? Consiste en negarse á sí mismo, en llevar su cruz y seguirlo. ¿Sois mortificado en vuestros deseos, paciente en vuestras aflicciones, y seguís las huellas que os dejó señaladas Jesucristo? Ser su discípulo consiste en amarse unos á otros; ¿y cuántas veces habeis venido á comer este pan de union, cuántas veces os habeis presentado en este festin de caridad llevando en el corazon una oculta hiel de amargura contra vuestro hermano? ¿cuántas veces habeis llegado á ofrecer vuestro presente en el altar sin haberos reconciliado con él?

Finalmente, es un Dios tan puro, que en su comparacion están manchados aun los mas resplandecientes astros; tan santo, que despues de la caída del ángel fué preciso que se rompiese el cielo, se abriesen los abismos y que quedase un eterno caos entre él y el pecado; tan celoso, que cualquiera extraño deseo le ofende. Y así, católicos, es necesario que examineis vuestras inclinaciones: ¿fomentais en vuestro corazon aquellos deseos del siglo de que habla el apóstol? pues para dar á Dios la gloria que se merece, examinad de este modo vuestro corazon en su presencia. Voy á tomar por sustento á Jesucristo y convertirle en mi propia sustancia; pero luego que haya entrado en mi alma y que distinga las intenciones, las inclinaciones mas secretas, ¿hará acaso alguna cosa que sea indigna de la santidad de su presencia? Irá primeramente al origen y principio de mis desórdenes, examinará si está arrancada la raíz ó solamente suspendido el curso; verá cuáles sen

¹ Matth. 26. v. 18.

aún las pasiones dominantes en mi alma, cuál es el peso que hace todavía inclinar el corazón. ¡Oh! ¿podrá acaso decir, como en otro tiempo cuando entró en la casa de Zaqueo, hoy ha llegado la salud á esta casa? ¿he detestado por ventura, de buena fe aquella pasión tan fatal á mi inocencia, aquel enojo de que acabo de arrepentirme á los piés del confesor, aquella idolatría de las riquezas que me obliga á tan injustos tratos, aquella pasión desordenada por el juego, perjudicial á mi salud, á mis intereses y á mi salvación? ¿aquel humor inconstante y molesto que se enardecía con el menor motivo? ¿aquella vanidad que me saca de la clase en que me dejaron mis mayores? ¿aquella envidia que siempre me ha hecho mirar con pesar la prosperidad ó reputación de mis iguales? ¿aquel genio soberbio y censurador que de todo juzga sin juzgarse jamás á sí mismo? ¿aquella pasión al regalo y al deleite que es como mi propio ser y naturaleza? ¿La confesión que acabo de hacer con el ministro de Jesucristo las ha desarraigado todas de mi corazón? ¿soy yo una nueva criatura? Solamente un hombre resucitado puede aspirar á comer este pan celestial que yo acabo de recibir. ¿Soy por ventura tal en vuestra presencia, oh Dios mío? ¿no me llamaba vivo estando aún en la realidad muerto? ¿entrando el fuerte armado en mi alma, la poseerá en paz sin hallar siete espíritus inmundos que le arrojen de ella? Alumbradme, Señor, y no permitais que vuestro Cristo, vuestro Santo baje á la corrupción. De este modo, católicos, se debe examinar el alma. Antiguamente prohibió el Señor á los judíos que ofreciesen miel y levadura en los sacrificios; pues ved si al acercaros al altar llegais á él con la levadura de vuestras culpas y con la miel de vuestra concupiscencia; esto es, aquel gusto del mundo y del deleite, aquel carácter sensual enemigo

de la cruz é incompatible con la salvación; y si no os conocéis bastante puro, no os acerqueis. Esta carne santa, dice el profeta, no os quitará vuestra malicia, antes añadirá otra nueva; vuestra religión será vana, vuestro culto idolatría, vuestro sacrificio un sacrilegio.

Examinaos, pues, á vos mismo, y despues comed de este pan celestial; pero no debeis contentaros con el simple discernimiento y con el exámen. Con esto no habeis hecho mas que apartar los obstáculos, pero no habeis puesto las últimas disposiciones; habeis separado todo lo que podia desterrar de vuestras almas á Jesucristo, pero no habeis adquirido lo que podia atraerle á ellas; habeis tomado las medidas para no recibirle indignamente; pero no las habeis tomado para recibirle con fruto: no basta el estar libres de culpas, es necesario estar revestidos de justicia y santidad; no basta el no hacerle traición con Judas, es necesario amarle con los otros discípulos; en una palabra, es poco el no ser mundano, profano, sensual, carnal, soberbio, vengativo y obstinado; es necesario ser grave, suave, humilde, firme, casto, fiel y cristiano. Siempre que hagais esto, hacedlo en mi memoria; que es la tercera disposición, comulgar en memoria de Jesucristo.

Tercera reflexion. ¿Qué os parece que es comulgar en memoria de Jesucristo? Primeramente, católicos, es acordarse de lo que pasó en el corazón del Señor cuando instituyó este adorable Sacramento. Mucho he deseado, decia el Señor á sus discípulos, el comer esta Pascua con vosotros: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum.*¹ Suspiraba por este feliz momento, no le perdía de vista; su memoria le consolaba de todas las amarguras de su pasión:

¹ Luc. 22, v. 15.

Antequam patiar. ¿Qué quiso enseñarnos con esto, católicos? ¡Ah! que es necesario llevar á esta mesa divina un corazón abrasado, penetrado, consumido de amor; un corazón impaciente, fervoroso y deseoso; una hambre y una sed de Jesucristo; un gusto avivado con el amor; en una palabra, una fe ardiente que nos haga amar. Este pan, dice un santo padre, pide un corazón hambriento: *Interioris hominis querit esuriam.*² ¡Ah, Señor! dice entonces el alma fiel con San Agustín, ¿quién me concederá que vos vengais á mi corazón para tomar posesion de él, para llenar todo su vacío, para reinar solo en él, para morar allí conmigo hasta la consumacion de los siglos, para servirme allí de todo, para ser mis mas castas delicias, para derramar en él mil secretos consuelos, para saciarle, para embriagarle, para hacerle olvidar de mis desgracias, de mis inquietudes, de mis vanos placeres, de todos los hombres, de todo el mundo, y dejarme todo para vos, para gozar de vuestra presencia, de vuestra conversacion, de las dulzuras que preparais á los que os aman? Puede ser, Señor, que la casa de mi alma no esté suficientemente dispuesta para recibiros, pero vos podeis adornarla; puede ser que vea en ella algunas manchas que os aparten, pero vos la purificareis con vuestro divino contacto; puede ser que distingais en ella enemigos invisibles; ¿pero no sois vos el fuerte armado? Vuestra sola presencia los disipará, y todo quedará en paz luego que vos tomeis la posesion: acaso hay en ella arrugas que la afean; pero vos renovareis su juventud como la de la águila: acaso está aún manchada con las reliquias de sus pasadas infidelidades; pero vuestra sangre aca-

² August. in Confes. lib. 5. cap. 5.

bará de lavarlas. Venid, Señor, y no tardeis; con vos me vendrán todos los bienes: despreciado, perseguido, afligido, despojado y calumniado, en nada tendré todas mis desgracias desde el instante en que vos vengais á consolarme: honrado, favorecido, elevado y lleno de abundancias, ninguna de estas vanas prosperidades me moverá ni me parecerán apreciables desde el instante en que me hagais gustar vuestra suavidad. Estos son los deseos con que debemos llegar al altar. Pero ay! unos llegan con una repugnancia criminal; necesitan que se ofrezcan ocasiones para acabar de resolverse, porque si no nunca se acordarian de llegar á la sagrada mesa. ¿Pero qué digo ocasiones? son necesarios rayos y anatemas, es necesario que la Iglesia truene y fulmine. ¡Dios mío! ¿es posible que la tibieza de los cristianos haya reducido á vuestra Iglesia á que haga una ley expresa para mandarlos que participen de vuestra carne y sangre? ¿que ha de haber sido preciso valerse de penas y amenazas para llevarlos al altar y obligarlos á que se sienten á vuestra mesa? ¿que la mayor felicidad del hombre en la tierra haya llegado á ser para él el mas penoso precepto? ¿que el mas glorioso privilegio con que pudisteis favorecer á los hombres, haya llegado á ser para ellos un tormento y una violencia? ¡Oh Señor! ¿cuando dísteis á la Iglesia el poder de atar, esperábais que tuviese que emplearle en este uso? ¿Estaba por ventura destinada su autoridad á traer por fuerza sus hijos al altar ó á separar de él á sus enemigos? Otros llegan con un corazón torpe, con un gusto estragado, con una alma toda de hielo. Gentes que viven en el comercio de los deleites y de los sacramentos, que se sientan á la mesa de Satanás y á la de Jesucristo, que